

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y el más terrible
de los secuestros

Ilustraciones de
Lucía Cobo

edebé

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y el más terrible
de los secuestros

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y el más terrible
de los secuestros

Ilustraciones de
Lucía Cobo

edebé

Título original: *TANA A INVISIBLE e o máis terrible dos secuestros*

Traducción de la propia autora.

© Texto: Fina Casalderrey, 2026

© Ilustraciones: Lucía Cobo, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Dirección editorial: Reina Duarte

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7721-6

Depósito legal: B. 11814-2026

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Noema y a Noara,
dos brotes nuevos de mi árbol.*

*A ti, que posees la voluntad
de cambiar todo lo feo
que hay en el mundo.*



Quizás a estas alturas ya me conozcas. Por si las moscas, te cuento.

Soy Tana. Vaya, soy Cayetana. En mi casa encogemos los nombres como si fueran jerséis de lana metidos en agua muy caliente. A papá le llamamos Genio, aunque no viva dentro de una lámpara maravillosa y en su DNI aparezca como «Eugenio». A la tía abuela Fabiana, la científica, le decimos Ana, lo mismo que al abuelo Basileo, hermano del alma de la tía abuela, le llamamos Leo.

Al abuelo ese nombre le viene perfecto; anda siempre con un libro en la mano como

quien lleva una botella de agua. El abuelo Leo tiene mucha sed de leer.

A mi hermana, que es bastante mayor que yo, le decimos Lope y no, Penélope.

Tan sólo mi madre conservó siempre el nombre completo: Fe. Si se lo encogiésemos, le desaparecería, como desapareció ella un domingo de noviembre. Dicen que de ella heredé el miedo a las arañas y la pasión por la arquitectura. ¡Me encanta fabricar casetas de perro!

Celta, mi perrita, e Ígor, mi mejor amigo, también mantienen el nombre entero. Ígor tiene un segundo nombre, Yuri; pero yo solo lo llamo así cuando no me hace caso. La única persona que incumple la norma es Hermelinda, nuestra empleada de hogar. A Linda le gusta llamarnos «Lopita», «Tanita», «Celtita»...

Por cierto, Celta es muy habladora. Cuando alguien pregunta cualquier cosa, ella siempre responde: «¡Guau!».

Tengo más o menos tu edad. Me gusta el balonmano. Soy menuda de cuerpo y colecciono todas las alergias del mundo. Soy hipersensible a las personas que mienten siempre, a las que no miente nunca, a los truenos, a los malos momentos de papá... También me dan reacción las plumas de gallina, los pelos de gato, el polen de las flores, el de los olivos y el polvo que convierte los muebles en tableros en los que se puede escribir con el dedo. A veces me cuesta respirar y, si estoy nerviosa, sudo mucho.

A pesar de eso, antes era una niña normal, creo... Ahora soy diferente de todas las demás compañeras del colegio, del barrio, de la ciudad y hasta del planeta entero:

¡PUEDO HACERME INVISIBLE!

Tal vez siga escribiendo mis hazañas en cuadernos íntimos, que solo compartiré contigo.

TOP SECRET.

Si te sumerges en estas páginas, descubrirás cómo viví el más terrible de los secuestrós que jamás había podido imaginar.

Y si quieres conocer al detalle cómo conseguí las pastillas de la invisibilidad, cómo descubrí el poder de multiplicarlas solo con ponerlas al sol, cómo detecto cuándo me empiezan a hacer efecto o cuándo se me está pasando..., y también, si te interesa saber cómo conseguí mi traje de heroína, o el medallón donde siempre llevo un par de pastillas por si las preciso, te recomiendo que leas mi cuaderno secreto: *TANA LA INVISIBLE, aprendiz de heroína*. Y si sientes curiosidad por saber cómo me enfrenté a la epidemia de robos que entorpecieron la paz de Arenafina el verano pasado, o cómo detuve la destrucción del planeta en pleno otoño, te aconsejo que busques *TANA LA INVISIBLE y los peores ladrones del mundo* y *TANA LA INVISIBLE y la catástrofe inminente*.

¡Ah!, si descubro nuevos poderes, los compartiré contigo, pero no me delates, ¡por favor!

¡Schsss!

Aunque empiezo a pensar... ¡Vaya, no quiero adelantar acontecimientos!

Ígor



Linda



Leo



Ana



Fe



Genio



Lope



Celta



Tana





Una idea estrambótica



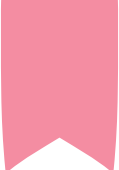
Como cada año, el invierno había entrado con ganas en Arenafina y, aunque ya empezaban a crecer los días, esa mañana de enero se presentó tan triste como los ojos de Celta cuando la regaño. Era un día sin día. En casa teníamos que estar con las bombillas encendidas en todo momento.

No sé si la ausencia de luz natural puede anunciar una fatalidad y, como diría el abuelo Leo, dispone de esa conexión emocional

que nos previene de algo terrible. Ignoro si nos puede mandar señales que nos permitirían detener una tragedia. Si algún aviso me envió a mí, no supe interpretarlo. No pude evitar lo que, días después, se convirtió en una tragedia gigante.

Concentrada en mi aburrimiento, me asomé a la ventana de la galería y pegué la frente al cristal. La calle era como una postal antigua de una ciudad desierta. ¡Llovía a mares! El agua caía en todas las direcciones, el viento arreciaba...

Por fin, apareció una mujer con sombrero y gabardina. Llevaba un maletín parecido al del abuelo. El viento la empujaba igual que a las hojas, mientras ella trataba de sortear los charcos sujetando el maletín y el paraguas. Un ventarrón osado casi la elevó por los aires. Pensé en Mary Poppins, la protagonista de una película que había visto con el abuelo, y sonreí.



Las luces de los coches dibujaban brillos que se movían de un lado a otro. Se parecían al aparato de rayos láser que usaba mamá para medir espacios a los que no podía acceder. Cuando me dejaba jugar con aquella espada luminosa, yo, por arte de magia, me convertía en el Qui-Gon Jinn de *Star Wars*.

«¡Mamá!». Suspiré y volví a sonreír. ¡No recuerdo una mañana de domingo más melancólica!



Lope se había quedado en casa de una amiga y no regresaría hasta la noche... Linda, nuestra asistente, nunca viene los domingos... Papá estaba encerrado en su estudio, leyendo originales para un concurso de relatos... El abuelo Leo, sentado en su sillón de la galería, un poco leía y otro poco repasaba sus álbumes

de monedas. Y yo... Yo tenía uno de esos días tan tontos que llegué a pensar que, de verdad, podría morirme de aburrimiento. ¡Necesitaba moverme!

De pronto tuve una idea peregrina. Quiero decir que tuve una ocurrencia exótica, divertida, ¡estrambótica!

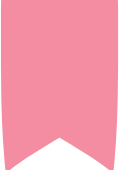
«¿Y si probara a ver si, estando invisible, soy impermeable a la lluvia?».

Nadie me iba a echar en falta, así que subí a mi dormitorio, me puse mi traje de heroína y colgué del cuello mi estuche-medallón con un par de pastillas, como siempre. Me acerqué a la terraza para despedirme de mi perra y me dio pena verla en su caseta, con el hocico pegado al suelo, tan quieta. También ella estaba aburrida y le propuse:

—¿Quieres acompañarme?

—¡Guau! —aceptó feliz.

Bajé las escaleras hasta el vestíbulo de pun-



tillas. Celta me siguió con el mismo sigilo. Salimos sin que nadie se fijase en nosotras. En la puerta del ascensor, como miles de veces, coincidimos con la vecina del 7.º C, la señora Tuta.

—¡Uf, está diluviando! Cae un aguacero tremendo. ¡Traigo la cara congelada y eso que solo he ido a comprar pan a la tienda de al lado! ¿Vais a salir así, Cayetana?

—¡Guau!

—Solo vamos a ver el buzón del correo por si hay algo de correspondencia —le mentí.

No podía decirle: «No se preocupe usted, que yo, cuando estoy invisible, no siento ni frío ni calor. Es solo para comprobar si tampoco me mojo».

Abrí el portal del edificio y una bofetada helada me estalló en la cara. ¡Hacía tanto frío que me empezó a doler la nariz al respirar! Yo, sin hacer caso, saqué enseguida una pas-

tilla del estuche. Quería que le diese la luz natural y se multiplicase antes de engullirla, pero no pasó nada de eso.

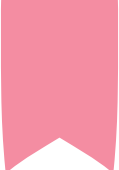
Tal vez esa fuera la señal de lo que se me iba a venir encima sin tardar mucho, pero no supe interpretar la advertencia meteorológica y razoné a la ligera: «El cielo está demasiado cubierto y los rayos del sol seguramente no pueden atravesar las nubes».



Para lo que quería experimentar, era suficiente con una sola pastilla, así que le di aquella a Celta, cogí la otra del medallón y me la tragué de golpe. Poco después noté ese calor que me sube desde el pecho hasta los ojos y el sabor a fresa en la lengua.

—¡Vamos, Celta!

Estuvimos poco tiempo bajo la lluvia. Aun



así, fueron unos minutos superdivertidos. Parecía que llevase un traje de neopreno. El agua me caía encima desde todas partes, pero no sentí en absoluto que me estuviese calando por dentro. Ni frío. Ni calor. Celta también estaba contenta. No podía verla, pero de vez en cuando un tornado de agua de su tamaño soltaba gotas en todas direcciones. Mi perra se había convertido en un aspersor de regar los jardines.

Muy cerca de nosotras, un niño pequeño jugaba a ser un delfín. Vestía un impermeable transparente con capucha y calzaba unas botas de goma con peces de colores. Se puso a chapotear en un charco próximo mientras un hombre, que no paraba de teclear en su móvil, sonreía desde un portal cercano:

—¡Papá, mira cómo salto! ¿Ves? —no dejaba de gritar el niño.

—¡Guau!

El crío soltó una carcajada y dijo:

—¡Qué bien ladras, papá! ¡Pareces un perro de verdad!

Fue una experiencia alegre, ¡estrambótica!
Una idea que nunca debí haber puesto en práctica. Hay cosas con las que no se juega. Ahora lo sé.

